

Introducción

Los múltiples rostros de Bolivia¹

Por Maristella Svampa

Lleno de vergüenza, hace un tiempo ya, un amigo boliviano nos contó una anécdota difícil de olvidar. A principios de los setenta, cuando él tenía entonces nueve años, su familia decidió trasladarse de Cochabamba hasta La Paz. Su abuelo, de origen alemán, era un rico hacendado cuyas tierras le fueron expropiadas en 1953, cuando la revolución nacionalista realizó la reforma agraria. Como el clima áspero de La Paz parecía afianzar aún más el carácter melancólico de nuestro amigo, su abuelo decidió entonces hacerle un regalo, con el objeto de devolverle la alegría. ¿Qué regalo, se preguntarán ustedes, ofreció este generoso abuelo para disipar la creciente tristeza del nieto? Pues le regaló un indígena, un niño de su misma edad, quien lo acompañaría de ahí en más todos los días, tanto en los juegos como en la escuela, hasta los diecisiete años...

Han pasado tres décadas desde este episodio que indica cabalmente el lugar – social y simbólico- que la sociedad ofrecía a los indígenas, y bastantes cosas han cambiado desde entonces en nuestra vecina Bolivia. Sin embargo, cualquiera que llegue hasta esas tierras no puede evitar palpar la brutal realidad del racismo imperante hacia los pueblos indígenas. Puede incluso que el estigma de la indianidad golpee aún más que en Argentina, pues en Bolivia, donde los pueblos indios constituyen la mayoría de la población, la larga dominación de una minoría mestizo-criolla se tradujo en la consolidación de una estructura colonial, con diversas capas y niveles, cuyo desmontaje se advierte por demás arduo y complejo...

Tal como afirman investigadores como Silvia Rivera, Raúl Prada y Luis Tapia, la Bolivia actual es el resultado del cruce y yuxtaposición entre elementos que provienen de la memoria larga (la colonización), la memoria mediana (el Estado nacional-popular de los cincuenta) y la memoria corta (las luchas antineoliberales, a partir de 2000). Este cruce de temporalidades toma una nueva significación a fines de 2005, con la llegada de Evo Morales al poder, el primer presidente indígena del país.

¹ Introducción al libro **Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales**, Editorial El Colectivo, Osal-Clasco, Buenos Aires, Diciembre de 2007. Compilación realizada por M.Svampa y P.Stefanoni

Un breve recorrido histórico por la “memoria corta” puede servirnos como contexto. En 1985 el presidente Víctor Paz Estenssoro lanzaba un dramático llamado al pueblo boliviano, exclamando “Bolivia se nos muere”. Poco tiempo después, firmaba el decreto 21060 que desmontaba las estructuras vigentes del Estado establecido en 1952. Bolivia sería así el primer país latinoamericano en implementar, bajo un gobierno democrático, una reforma neoliberal que implicaría ajuste fiscal, privatizaciones masivas y desregulación de los mercados. Dichas reformas fueron completadas por el primer gobierno de Sánchez de Lozada, (1993-1997); el mismo que se vería obligado a renunciar, durante su segundo mandato, luego de las grandes movilizaciones de octubre de 2003.

Así, aquella Bolivia caracterizada por una fuerte identidad minera iría mutando, al compás de las reformas neoliberales. Como afirma el sociólogo –y hoy vicepresidente- Álvaro García Linera, habría que esperar pocos años para que se desarrollaran otras formas de organización colectiva, con capacidad para ir aglutinando al conjunto de los sectores afectados e interpelar al poder. Primero fueron las largas marchas cocaleras, que arrancaron desde el Chapare profundo en 1994 e irían creciendo con los años, tras el liderazgo de Evo Morales. Pero los movimientos registraron un salto cualitativo en el año 2000, con la llamada “guerra del Agua”, llevada a cabo en Cochabamba, contra la empresa privatizada Aguas del Tunari (Bechtel), que marcó el nacimiento de la emblemática Coordinadora del Agua como espacio colectivo innovador. Estas acciones fueron acompañadas por el cerco indígena a La Paz; que tuvo en los comunarios aymaras del Altiplano –liderados por Felipe Quispe–, uno de sus mayores protagonistas. Octubre de 2003 fue el momento de la gran inflexión, con la “guerra del gas”, en la cual confluyeron diferentes organizaciones sociales, en contra de la venta de gas a México y estados Unidos por puertos chilenos (país que en 1879 se apropió del litoral marítimo boliviano) y con la exigencia de la renuncia del presidente Sánchez de Lozada. En 2003 se consolida también la identidad rebelde de El Alto, la ciudad aymara que rodea La Paz, a través de la Federación de Juntas Vecinales (Fejuve) y la COR (Confederación Obrera Regional). Por último, los paros cívicos de mayo y junio de 2005, señalan la consolidación de otros protagonistas, como los cooperativistas mineros de la zona de Huanuni, en Oruro, que revelan el retorno conflictivo y sangriento de la Bolivia minera.

En este sentido, la experiencia de Bolivia resulta excepcional, pues mucho más que en otros países de América Latina, y en un contexto marcado por la crisis de los

viejos partidos, las organizaciones y movimientos sociales desarrollaron una importante capacidad de “autorrepresentación” político-social. Lo notable de ello es que, pese a su marcada heterogeneidad y una fuerte tendencia al corporativismo, estas organizaciones supieron confluir en dos consignas comunes: la nacionalización de los hidrocarburos y la realización de una Asamblea Constituyente. Así, un nuevo escenario se abrió en diciembre de 2005 con el triunfo electoral de la fórmula encabezada por Evo Morales, un indígena de origen aymara, secundado por un intelectual de clases medias mestizas, Álvaro García Linera, quienes obtendrían el 53,7% de los votos.

Las primeras medidas que adoptó el nuevo gobierno apuntaron a dar realidad a las dos consignas mayores de los movimientos. Para ello, el gobierno se encaminó a recuperar las capacidades institucionales del Estado, asumiendo la conducción de la economía, en una dirección que algunos catalogan como “neodesarrollismo indígena”. Sin embargo, la tarea de transformar el Estado en un sentido instituyente, pluricultural y democratizador enfrenta hoy un sinnúmero de dificultades, sobre todo en lo que respecta a las demandas que atraviesan la Asamblea Constituyente, originalmente pensada como el instrumento de refundación de la república multicultural.

Por otro lado, recordemos que, pese al gran apoyo popular del que goza Evo Morales, la acción gubernamental se realiza en el marco de una fuerte polarización social y regional, ilustrada por las demandas autonómicas del Oriente, ese “otro país” que incluye la rica Santa Cruz de la Sierra, además de Tarija, Beni y Pando. Ciertamente que la derecha política, expresada por Podemos (Poder Democrático Social) continúa debilitada, luego de la aplastante derrota electoral de 2005. Pero las sucesivas controversias planteadas en el seno de la Asamblea Constituyente, atravesada por fuertes contradicciones y retrocesos acerca de su alcance, lograron reverdecer una oposición política, que tiene en los comités cívicos de Santa Cruz e incluso en las aspiraciones capitalinas de Sucre los epicentros de las movilizaciones y protestas más recientes. Por último, un dato no menor es el discurso fuertemente estigmatizador y racista de la derecha mediática, concentrado en Evo Morales y sus aliados venezolanos.

¿Cómo situarse entonces frente a este panorama tan complejo que presenta a una Bolivia en movimiento, tanto hacia adentro –en la compleja relación entre movimientos sociales y gobierno–, como hacia afuera, frente a la polarización regional y social y la ofensiva neoliberal? ¿Cuál es el alcance del proceso de reformas –tanto en lo económico, como en lo político, lo social y cultural– encaradas por el gobierno de Evo Morales en su apuesta por romper con los moldes de una sociedad colonial reforzada

por la lógica neoliberal? ¿Cuáles son las tradiciones político-ideológicas que atraviesan este proceso de cambio, el cual tendrá –a no dudarlo– un impacto profundo, decisivo y de largo plazo, no solamente sobre los diferentes pueblos que habitan su territorio, sino también sobre toda la región latinoamericana? ¿Cómo romper con las relaciones de dominación, incrustadas en la memoria histórica y en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales, permitiendo así la construcción de un Estado plurinacional, que garantice el reconocimiento y respeto de las diferentes naciones que contiene y que, al mismo tiempo, esté en condiciones de asegurar una estructura unitaria y más igualitaria?

Como podemos ver, los interrogantes, tanto como los dilemas, son colosales. En este sentido, hay decir que la situación de Bolivia –junto con la de Venezuela y probablemente, la de Ecuador– en el contexto latinoamericano es excepcional. Así, son pocos los países que, como Bolivia hoy, más allá de sus dificultades, se atreven a plantearse tales desafíos, inmersos como están en su mayoría en el campo de los dobles discursos y en la readaptación a las lógicas de gobernabilidad neoliberal. De allí, las ineludibles expectativas emancipatorias que Bolivia suscita, pero también los peligros y acechanzas que la recorren, en un contexto socio-regional cada vez más polarizado.

El recorrido del libro

En realidad, habría que comenzar afirmando que no existe una sola Bolivia, ni tampoco dos, sino muchas Bolivias. Y como suele suceder, la relación entre ellas no es de mera coexistencia, sino de superposición y de dominación de unas sobre otras. Esto es lo que el gran sociólogo René Zavaleta, fallecido en los ochenta, denominó como “abigarramiento social”, concepto retomado y reelaborado por Luis Tapia. Frente a esa realidad plural y “abigarrada”, son tantos los interrogantes y dilemas que resulta difícil saber por dónde comenzar el camino. Por ello, en el libro que presentamos aquí hemos asumido el desafío de tratar de realizar ese recorrido por las múltiples Bolivias, a través de una estructura dividida en dos partes y un anexo documental.

En una primera parte se concentran las “**Miradas sobre las luchas anti-neoliberales**”, que se inscriben más bien en la llamada “*memoria corta*”, de las últimas décadas. Aquí hemos reunido la labor de jóvenes investigadores que, lejos de identificar a la gestión de Evo Morales de manera simplista con el gobierno de los movimientos sociales, desarrollan una perspectiva analítica que combina el apoyo comprometido al

proceso actual, con una visión crítica que pone de relieve las dificultades existentes, tanto en el plano del gobierno como también de los movimientos sociales.

Así, arrancamos con un artículo de Hervé Do Alto, sociólogo francés que actualmente reside en Bolivia, quien analiza la evolución de los movimientos campesinos e indígenas para centrarse tanto en el movimiento katarista, como muy especialmente en el movimiento cocalero y el origen del MAS (Movimiento al Socialismo), como su “instrumento político”. De esta manera, Do Alto rastrea el discurso indianista que se halla en el actual movimiento campesino indígena, al tiempo que señala la fuerte presencia de elementos ideológicos propios de la tradición del nacionalismo revolucionario (lo nacional-popular), a través de la reformulación de los clivajes nacion/antinación y pueblo/oligarquía.

El segundo de los artículos, firmado por Patricia Chávez y Dunia Mokrani, investigadoras bolivianas, nos traza un mapa de los movimientos sociales actuales, en el marco del nuevo ciclo de acción colectiva, marcado por las luchas contra el neoliberalismo. Además de presentar un análisis del proceso de reconfiguración de la política llevado a cabo por los movimientos sociales desde abajo, como resultado de estas luchas múltiples, las autoras avanzan con una primera evaluación del proceso de la asamblea constituyente.

El tercer artículo es del investigador y periodista argentino residente en La Paz Pablo Stefanoni y se propone responder, a través de siete preguntas fundamentales, cuestiones tan conflictivas como el carácter posneoliberal del gobierno de Evo Morales, las marcas de la ideología desarrollista, la relación entre gobierno y movimientos sociales, la doble presencia de lo nacional-popular y lo étnico-cultural, la relación con Hugo Chávez así como el devenir de la Asamblea Constituyente y las pretensiones supuestamente separatistas de Santa Cruz. Desde una mirada particularmente aguda, Stefanoni explora la doble dimensión ideológica de Evo Morales, en donde se entrecruzan y articulan la tradición nacional-popular y la tradición indianista, al tiempo que va señalando las fronteras del nuevo gobierno, en el marco de un nacionalismo indígena, neodesarrollista y decisionista.

El cuarto artículo viene de la mano de dos jóvenes argentinos, Florencia Puente y Francisco Longa, que proponen un análisis de El Alto, la ciudad aymara que rodea La Paz, y se encuentra a 4.100 metros de altura. Los autores van describiendo y analizando, paso a paso, la construcción de la identidad “rebelde” de El Alto, para detenerse muy particularmente en la emergencia y evolución de la Federación de Juntas Vecinales

(Fejuve). Lejos de una visión romántica o idealizada del poder “autonómico” de los alteños o de su carácter antiestatal, el artículo tiene la virtud de subrayar las ambivalencias de esta experiencia, cuya capacidad destituyente y potencia creadora fue puesta a prueba a partir de los levantamientos de 2003, pero cuyas limitaciones se hundan en aspectos de carácter sistémico, donde convergen el clientelismo, la vulnerabilidad social y el oportunismo político.

Pero El Alto es también una ciudad que esconde varios mundos, entre los cuales se destaca aquel de la nueva cultura juvenil urbana, con fuertes connotaciones plebeyas y disruptivas, cuyas imágenes son difíciles de conciliar tanto con la idea de una cultura aymara, al parecer intacta, como también con el paradigma de la cultura liberal dominante. Así, cierra esta primera parte del libro una entrevista a Abraham Bojorquez, un talentoso y reconocido rapero, que cultiva el hip hop “como una forma de hacer política”, al decir de sus entrevistadores, Francisco Longa y Pablo Stefanoni.

La inclusión de esta entrevista merece una argumentación adicional, acerca de la importancia de comprender los cambios en la cultura juvenil y las formas del mestizaje cultural, espacio en el cual se entrecruzan lo local y lo global, tanto en el lenguaje de la dominación como en el de la resistencia. En este sentido, el hip hop es uno de los lenguajes expresivos privilegiados por los jóvenes de todo el mundo que, en América Latina encuentra una inflexión particular, en su articulación con los procesos sociales contrahegemónicos en curso. Así, desde hace años, en Brasil el Movimiento de los Trabajadores Sin Techo de San Pablo retoma consignas del hip hop en sus marchas y actividades culturales. Asimismo en Chile existe una red activista que nuclea talleres de educación popular y rimas, con miras a organizar los jóvenes de los sectores marginales. Una excepción la constituye nuestro país, donde el hip hop está menos expandido como una herramienta de poder contestatario y popular, muy probablemente a raíz de la omnipresencia del rock nacional. En realidad, lo más cercano al hip hop sería el rock chabón o barrial, tan despreciado por los rockeros consolidados y exitosos de nuestras latitudes por sus rasgos plebeyos.

En fin, volviendo a Bolivia, El Alto es una muestra del mestizaje cultural en curso, que resulta importante destacar pues no solo nos permite asomarnos a los complejos y múltiples rostros que muestra este país que concita tantas preguntas como expectativas políticas, sino que nos ayuda a relativizar los discursos binarios en boga (por ejemplo, lo indígena versus lo criollo-mestizo), tan proclives a insertarse en una lógica de paradigmas irreductibles y excluyentes.

La actividad juvenil de El Alto aparece reflejada en la radio Wayna Tambo, que en aymara significa “encuentro de jóvenes”. Desde su creación en 2002 esta radio ha tendido a constituirse en un espacio cultural innovador, donde se cruzan grupos de jóvenes –con sus modismos culturales y expresivos– con colectivos de mujeres, muchas veces relegadas en nombre de los derechos colectivos de los pueblos o de las relaciones de “complementaridad”. Son numerosos los movimientos culturales que atraviesan este espacio de resistencia y creación, pero entre ellos se destaca el hip hop, que en su modalidad boliviana alcanza una hibridez disruptiva, visible en su capacidad de mezclar el sonido de los pututus (cuernos de toro), con flautas y tambores andinos, así como de rimar el castellano con el aymara. Sin duda, como afirma Pablo Stefanoni, el look gringo de los jóvenes raperos, con su gorra visera invertida y sus pantalones anchos, debe herir a más de un defensor de las culturas “originarias”... Pero quien oiga las letras creadas por Abraham, entrevistado en este libro, difícilmente pueda creer que el rap alteño se halla al servicio del Imperio o de la cultura dominante, más allá de los intentos de cooptación de las ONGs, que tan bien explican Longa y Puente en su artículo sobre El Alto. Antes bien, se trata de jóvenes que se sienten orgullosos de ser indios y bolivianos. Como dicen los versos de Abraham: *“orgullosos de ser hijos de pollera, de haber sido producto del alcohol, de la coca y de la Pachamama. De ser hijos de mineros, de campesinos, de fabriles. Orgulloso de eso, mierda. Soy indio, y que putas... Cuando me dicen indio, me siento orgulloso, porque eso es Bolivia...”*

La segunda parte de este libro lleva por título **“Miradas desde la memoria larga”** y es de carácter más ensayístico, pues explora los avatares, alcances y dimensiones de las diferentes tradiciones político-ideológicas que atraviesan la Bolivia de las luchas contrahegemónicas. Dos artículos, uno de Alvaro García Linera y otro de Luis Tapia apuntan a problematizar la relación entre indianismo, marxismo y tradición nacional-popular.

Así, en primer lugar, el artículo de García Linera (cuya escritura es anterior a su elección como vicepresidente del país), titulado “Indianismo y Marxismo” nos lleva a recorrer las grandes ideologías de carácter contestatario y emancipatorio que recorren la larga historia boliviana. Por un lado, el autor focaliza su atención en las diversas expresiones y corrientes del marxismo, que va desde los desencuentros primeros con el indianismo (la negación por parte del marxismo de los indios y de la comunidad; esto es, del carácter étnico de los conflictos) hasta sus entrelazamientos más recientes, a partir del surgimiento de un marxismo crítico que integra la temática indígena y

comunitaria. Por otro lado, García Linera analiza la emergencia del indianismo katarista y el proceso de reinención de “la indianidad”. Así, da cuenta de sus diferentes vertientes, que van desde las posturas “integracionistas” hasta las posturas “reformistas” y “radicales”. A través de este proceso de desencuentro y reconciliación entre indianismo y marxismo, García Linera da cuenta de uno de los elementos distintivos de la sociedad boliviana, la importancia del “capital étnico”; noción que nos permite comprender la fisonomía que adquieren los conflictos en ese país, señala por ello la necesidad de complejizar un análisis en términos de clase social. En realidad, la valorización del capital étnico en el marco de una sociedad neocolonial refuerza y amplifica las fuertes diferencias de clase.

Ahora bien, pese a la claridad y riqueza analítica del artículo de García Linera, advertimos un gran ausente en su relato acerca de la historia y avatares de las tradiciones ideológicas contestatarias: nos referimos a la tradición nacional-popular. Debemos decir que esta ausencia no es casual, pues lo que sucede es que la posición política de García Linera enfatiza la ruptura del nuevo gobierno con el pasado nacional-popular, ligado a la revolución nacionalista de 1952. Este rechazo a captar los elementos de continuidad con el pasado nacionalista no sólo están relacionados con la tendencia homogeneizante de lo nacional-popular en su propósito de asimilar el “indio” al campesino, sino con un fracaso político, que signó la rica y controvertida historia del movimiento minero, que caracterizó el período que va de 1952 a 1985.

Por supuesto que la cuestión es muy compleja y para nada exenta de consecuencias políticas, pero este énfasis que García Linera hace en la ruptura respecto de los elementos de la *memoria mediana* (lo nacional-popular) se contrapone a todas luces tanto con la lectura que Hervé Do Alto y Pablo Stefanoni hacen en los primeros artículos de este libro del actual proceso boliviano, así como con la visión de Luis Tapia, autor del siguiente texto, titulado “Estructuras de la rebelión”. En efecto, en este texto, rico en resonancias históricas, Tapia ahonda en las diversas estructuras del conflicto que atraviesan las luchas sociales y políticas en Bolivia, que va de las rebeliones indígenas a su combinación con lo nacional-popular. Desde allí da cuenta como durante una buena parte del siglo XX los sindicatos han sido “la principal forma de resistencia a la explotación y la dominación en el campo de lo popular”, configurando la memoria de las luchas tanto obreras como indígenas. Ciertamente es que la relación entre identidad indígena y tradición nacional-popular no ha sido fácil ni unívoca, pero la experiencia de esta convergencia, bajo la forma de la rebelión, dio

como resultado el “cogobierno” entre el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) y la COB (Confederación Obrera Boliviana), en un determinado momento del largo ciclo del nacionalismo revolucionario. Y para Tapia esta experiencia de cogobierno “queda como parte del proyecto político” que atraviesa y alcanza el actual ciclo de rebelión.

En fin, aunque el texto de Tapia fue escrito poco antes del ascenso de Evo Morales al poder, el artículo que presentamos aquí posee una gran vigencia, pues nos permite comprender la historia de las rebeliones bolivianas en sus diferentes ciclos y memorias, al tiempo que nos invita a pensar las continuidades (tanto en sus elementos disruptivos así como en sus elementos conservadores) en el marco del gobierno del MAS.

Por último, cierra esta segunda parte el documento del *Pacto de Unidad*, que integran diversas organizaciones indígenas y campesinas vinculadas al MAS, especialmente preparado para la Asamblea Constituyente. Hemos decidido incluirlo en esta sección, porque dicho documento, elaborado y publicado en septiembre de 2006, es una prueba elocuente de la dimensión de la apuesta realizada por importantes organizaciones sociales, de carácter indígena y rural, respecto de los objetivos refundacionales que originariamente planteaba la Asamblea Constituyente.

Lamentablemente, quedará como un documento histórico, puesto que los últimos avatares de la Asamblea Constituyente indican que el MAS decidió despojarle de hecho a la Asamblea Constituyente de su carácter “originario” y por ende, plenipotenciario de la misma. Recordemos que la exigencia de una asamblea originaria y plenipotenciaria era uno de las demandas de las organizaciones sociales nucleadas en el Pacto de Unidad, como única garantía para dotarse de un instrumento político pleno, que refundara el país. Por otro lado, el gobierno de Evo Morales también retrocedió en la idea de institucionalizar un “cuarto poder” o “poder social”, como reclamaban las organizaciones, optando por un modelo más débil, de “control social transversal”. En fin, estos hechos aumentan la fragilidad del proceso instituyente, marcando un claro retroceso de la potencialidad refundadora del nuevo gobierno, al tiempo que tiende a fortalecer una oposición desprestigiada y carente de toda vocación e iniciativa incluyente.

El libro se cierra con un anexo documental que contiene tres discursos de Evo Morales, entre ellos el discurso de ascensión al poder, en enero de 2006. Documento

histórico desde el punto de vista simbólico, puesto que Evo Morales es nada menos que el primer presidente indígena y campesino de América Latina.

* * *

Tal vez algunos quieran ver, sobre todo en los artículos que componen la primera parte de este libro, una mirada pesimista o exacerbadamente crítica. A esto se puede responder desde dos lugares: el epistemológico y el político.

Respecto del lugar epistemológico, podemos decir que la mayoría de los autores han adoptado un enfoque procesual, que no elude el análisis de las ambivalencias y, por ende, de las contradicciones que recorren la situación actual. Antes bien, estos trabajos colocan en el centro el análisis de la dialéctica que se establece entre estructura y acción, con lo cual apuntan tanto a reconocer la potencia del sujeto (en términos colectivos), hoy expresados paradigmáticamente por las luchas de los movimientos sociales, al tiempo que evitan caer en una visión ingenua o meramente celebratoria de los movimientos sociales (tan común en ciertos enfoques voluntaristas), o soslayar el rol de los factores sistémicos y estructurales.

En realidad, para aquellos que apostamos a una hipótesis de cambio social, el estudio de los contornos que asume la dialéctica entre estructuras sociales y prácticas colectivas no puede minimizar el carácter tensional y conflictivo de esta relación. Como todo equilibrio tensional, esta dialéctica va configurando un espacio de geometría variable en el cual es posible entrever las potencialidades de la imaginación política, así como también las limitaciones e inflexiones negativas que pueden adoptar los procesos de cambio.

Respecto del lugar político de enunciación, cabe aclarar que ninguno de los trabajos aquí presentados está escrito desde una supuesta neutralidad valorativa o del distanciamiento propio de los “expertos”. Todo lo contrario. Los autores son todos ellos intelectuales críticos y comprometidos, que construyen su mirada desde una reflexividad anfibia, que proviene del reconocimiento de la pertenencia a varios mundos, tanto el académico como el militante.

Es por eso que la composición y armado de este libro pone el acento en la necesidad de problematizar las dinámicas en curso, a fin de generar discusiones y debates en torno a los modelos políticos que se van perfilando; una instancia por demás

necesaria, dada la envergadura del proceso de cambio que atraviesa la sociedad boliviana, la expectativa política colocada sobre esta experiencia y la repercusión que ella tiene y tendrá en el horizonte político latinoamericano.

Buenos Aires, 23 de septiembre de 2007

